

Corti, Enrique C.

Dios en el lenguaje de los sueños : L. Marechal

III Jornadas : Diálogos entre Literatura, Estética y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Corti, Enrique C. "Dios en el lenguaje de los sueños: L. Marechal." Ponencia presentada en las III Jornadas Diálogos entre Literatura, Estética y Teología: Lenguajes de Dios para el siglo XXI, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Católica Argentina. Buenos Aires, 2007. [Fecha de consulta] <<http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/dios-en-el-lenguaje.pdf>>

(Se recomienda ingresar la fecha de consulta antes de la dirección URL. Ej: 22 oct. 2010).

Dios en el lenguaje de los sueños: L.Marechal
Enrique C. Corti
Buenos Aires, UNSAM – CONICET, octubre 2007
dialogos_let@uca.ed.ar o diálogos_let07@yahoo.com.ar

El libro sexto de Adán Buenosayres, i.e. el ‘Cuaderno de tapas azules’, está jalonado por cuatro sueños, tres con imágenes y uno sin ellas. Tratándose de una autobiografía espiritual, constituyen elementos que religan al personaje autobiográfico no solamente consigo mismo, sino especialmente con lo trascendente que pugna por ingresar en su vida. Trataré de estructurar el relato a partir de ellos.

I

‘Primavera, verano, otoño, invierno...’

Mi vida, en sus diez primeros años, nada ofrece que merezca el honor de la pluma o el ejercicio de la memoria. Es aquella unas edad en que el alma, semejante a una copa vacía, se hunde hasta el fondo en el río cambiante de la realidad (que tal nombre damos en un principio al color mentiroso de la tierra) y espiga, recoge y devora la creación visible como si sólo para esa cosecha bárbara del mundo hubiese nacido.

(L.Marechal, AB, VI, 1, p. 379)

Una vida no honorable para la pluma o la memoria solamente se tornará honorable por el gesto de la pluma o el ejercicio de la memoria.

El color mentiroso de la tierra —que miente impostando realidad— presencia el naufragio de nuestra alma en derrota que se debate en el error de una bárbara cosecha terrestre que no se le ofrece ciertamente como su único destino. Le ofrece, empero, un destino; cierto es que no el único, pero bien cabe resaltar que se trata de uno posible.

¿Cuál es la dificultad? Imaginar, no que se trata de un destino posible aunque no definitivo, sino que simplemente no se trata de un destino. Pequeña diferencia; enorme por las dimensiones de su consecuencia.

Desde entonces mi vida tiene un rumbo certero y una certera esperanza en la visión de Aquélla que, redimida por obra de mi entendimiento amoroso, alienta en mi ser y se nutre de mi sustancia, rosa evadida de la muerte. Y no sólo triunfa en su ya inmutable primavera, sino que se transforma y crece, de acuerdo con las dimensiones que mi alma va encontrando a su propio anhelo: rosa evadida de la muerte, flor sin otoño, espejo mío, cuya forma cabal y único nombre conoceré algún día, si, como espero, hay un día en que la sed del hombre da con el agua justa y el exacto manantial. (AB, VI, 14, p. 412)

Los dos párrafos citados son respectivamente el primero y el último del Cuaderno de tapas azules. Principio y consecuencia. Pequeña diferencia que se magnifica con el correr de la pluma y con el ejercicio de la memoria. Tornar honorable los primeros años de su propia vida le ha impuesto un precio alto, incluso demasiado alto para la estatura del hombre. Ha impuesto muerte. Una especie de muerte *sui generis* que el entendimiento amoroso redime en su interior y alimenta con su propia sustancia. Ha muerto Aquella que le reveló su norte verdadero y constituyó el motivo cierto de la escritura del Cuaderno de tapas azules, cuya prosa no es otra que una prosa encarnada en amor y de amor revestida. ¿Cómo entender semejante mutación? ¿Cómo pronunciar siquiera las palabras amor y muerte en una misma prosa? Sin embargo, en Descenso y ascenso del alma por la belleza Marechal recordaba a los artistas, sobre todo a ellos, que no hay arte de amar que no sea arte de morir, y que lo importante en tal caso es lo que se pierde o se gana muriendo; que no es importante la muerte misma. ¿Cuál es la muerte gananciosa? Aquella en la que, muriendo al sí mismo, comienza a vivirse en otro por su virtud. Visto esto puede entenderse que Aquella, muriendo primero por obra de la alquimia poética que la convierte

en una rosa evadida de la muerte, muere al fin y desaparece del mundo excepto en la 'existencia' que le prodiga quien la ha poseído por su intelecto amoroso.

Entonces concebí la empresa increíble. Fue, acaso, un movimiento del terror venerable, o tal vez la fecundidad de mi pena, o quizás el grito de la nunca emnudecida esperanza lo que me llevó a realizar con la mujer de Saavedra el difícil trabajo de encantamiento, la extraña obra de alquimia y de transmutación. Eso fue, sin duda: el deseo heroico de poner un dique a lo ineluctable y de salvar por el espíritu lo que por la materia corría ya sin freno hacia la muerte. (AB, VI, p. 408)

Salvar de la muerte ineluctable y para ello imponer una muerte poética: verdaderamente una extraña obra alquímica, un terror venerable, una pena fecunda. No parece, sin embargo, un deseo heroico. Heroico, tal vez, aunque no un deseo de amor. El amor no pone diques a lo ineluctable porque él mismo es ineluctable, y menos aún salva por el solo espíritu. El amor prefiere morir que matar, se compromete, se involucra y duele el cuerpo, y duele el alma.

Aquella flor sin otoño, aquel espejo del sí mismo podrá ser heroico por lo épico, como suelen ser los emprendimientos del espíritu, pero no alcanza para el amor. No parece amor sino fantasía: Narciso habrá de transitar la muerte para transformarse en flor, no podrá florecer sin morir; aunque la muerte no sea la flor, no hay flor sin ella.

Tres son los sueños con visiones o imágenes. El primero (AB, VI, 4, p. 387) ocurre al alma niña cuando asoma al mundo y se compadece con él: el mundo le ofrece una imagen especular y enigmática de sí misma, dándose ella a la dulce tarea de las lágrimas. El segundo (AB, VI, 7, p. 326) le sucede cuando por obra de arte del desengaño se encuentra en el centro de un extraño y ajeno laberinto y allí se inmoviliza, para retornar luego a otra inmovilidad y al medio de su propio centro, por obra de la misma

fuerza que hasta el laberinto la condujera. Ambos sueños pertenecen a lo que la historia del alma tiene de abstracta. ¿Qué imágenes ofrecen esos dos primeros sueños? La revelación del norte en la hermosura junto con la advertencia de lo peligroso de ese destino, es la primera. La revelación del proceso por el que la mujer terrestre es sublimada en la celeste, la segunda. La hermosura es tu camino; tu destino, la mujer, pero no detengas tus pasos hasta sublimar en celeste la que se te ofrece en este mundo. Caso contrario, perderás el rumbo y el laberinto será tu destino final. Admonición explícita si la hay, aunque abstracta, claro está.

Después, lo que la historia del alma tiene de concreta, la confirmación brutal de los dos primeros sueños. Allí donde una helada mecánica del tiempo asomaba y se retraía según ciclos diurnos y nocturnos; donde días insonoros desfilaban trayendo de día y retirando de noche su manoseada y gastada quincallería. ‘Aquella’ estaba ahí, donde pertenecía. Al día siguiente ‘Aquella’ no aparece, no ha venido, ignora que la esperan. De pronto, el retorno a la metafísica. De repente, el salto sobre el abismo: la causalidad y la insuficiencia del ahí. Lo que puede no estar no es suficiente, no alcanza para estar donde y cómo queremos que esté, es decir ahí y siempre: mejor será sublimarla en celeste. De ese modo estará siempre allí, donde nunca ha estado, donde no ha querido estar, donde el amor no la convocó. ¿Por qué estaría si no?

Entonces volví a cerrar mi ventana, corrí las cortinas; y habiendo restaurado la noche de mi habitación, me acosté nuevamente, ansioso de silencio y de olvido. Sobre mis párpados cayó un largo sueño sin visiones, piadosa imagen de la muerte.

Lo que sigue es el final del Cuaderno de tapas azules: líneas atormentadas, tachaduras y enmiendas. La vida en el mundo, sin más. La que hay, la que quiere haber, la que está. En ese clima el cuarto sueño. Fue un sueño extraordinario: le abrió un derrotero que no abandonaría más.

‘Aquella’ prolongaba la proa de una embarcación infernal que surcaba aguas degradadas; el remero reiteraba su gesto una y otra vez, transido sin embargo de una dulce piedad sin llanto. Llegado a destino entrega el cuerpo muerto de su amada y no puede continuar su marcha detrás de Aquella; una fuerza invencible se lo impide. Tras de lo cual una figura de hombre lo insta a dejar que la muerte coseche lo suyo y a dedicar sus afanes a la consumación de la mujer celese.

II

‘...y otra vez primavera’

‘El deseo engendra afán de posesión, y suele conducir a la muerte; por ello es que a veces hay que dejar ir aquello que uno más desea’. Palabras más o palabras menos, esta es la sentencia con que el anciano y macilento maestro piensa disuadir y enseñar a su joven y enamorado discípulo. Kim Ki Duk —‘Primavera, verano, otoño, invierno...y otra vez primavera’ (2004)— parece agotar la sentencia en su significación más aparente y literal, la que muchos de nosotros hemos aprendido y repetido, y por obvia no menos verdadera. Además, solemos omitir las aclaraciones justificados por su obviedad: quien no posee aquello que no puede perderse, puede, efectivamente, perderlo. Y con la pérdida el dolor, cuando no la muerte padecida o infligida a alguien más, en un intento por evitar que nos arrebaten lo que poseemos o por arrebatar lo que deseamos poseer. Parece obvio que nadie podrá arrebatarlo y que no podremos perder lo que no deseamos poseer. Pero ¿quién puede temer la pérdida de lo que no desea? ¿Es preferible, sin más, no desear para no perder, o cabrá alguna distinción? ¿Dónde está la cuestión: en el afán de posesión o en el deseo?

El maestro ha sentenciado; el discípulo toma su decisión, y lo abandona. Lleva consigo, empero, el pequeño Buda que se reverenciaba dentro de la casa. Sobreviene la muerte anunciada, mata el discípulo, para evitar lo que no puede, a pesar suyo, detener: el arrebato. Eso piensa, al menos. Ignora aún que en el amor —como en el deseo— no existe arrebato porque tampoco existe posesión. Lo que no toleramos es la medida humana de

nuestro amor, y preferimos atribuírsela a nuestro deseo: él sí posee, puede perder, queda sujeto a la muerte. Así sucede que confundimos primero el deseo con la finitud humana que le es inherente, para después erguir la pretensión de un amor humano que, absuelto del deseo, se torna inhumano. Quien no ama no puede verse separado de aquello que ama; esto es una tautología. Un amor que no corre peligro, que no afronta el ceño de la mar tonante, no es amor sino fantasía.

El Buda que acompaña al desertor regresa con él y vuelve a ocupar el sitio del que fuera retirado. El maestro asume la dura tarea de recibir a su discípulo homicida, le recuerda la sentencia admonitoria y lo ama, es decir lo perdona. Su amado discípulo ejecuta la sentencia tautológica: aprendió, y condena su deseo. Curiosamente, el maestro siente curiosidad por el periplo que ha efectuado su amado discípulo e inquires: ¿afuera has sido feliz? La felicidad lo inquieta. ¿Pudo el afuera —conforme a la sentencia— justificar tal pregunta? Si advino la muerte, esa pregunta es banal. La sentencia habla por sí sola: ¡No desees! ¡Ama, que solamente el amor está exento de muerte!

El discípulo parece conceder la sentencia: Buda ha regresado al mismo sitio del que nunca debió ser retirado. Todo parece restituirse a su estado cósmico, la justicia legal hará el resto, la condena consumará la sentencia: primavera, verano, otoño, invierno.

Entretanto, el maestro se ha retirado porque cumplió con la sentencia restituyendo el orden cósmico de las estaciones y los ciclos. El maestro ha consumado su vida y puede morir en paz. Antes de ello, sin embargo, ha desalojado de su corazón un pequeño deseo de poseer: permitió que la justicia se llevara a su discípulo para purgar la condena. Tuvo, sí, una pequeña tentación: deseó por un instante retener a su amado discípulo; pero lo dejó ir, se despidieron y quedó cancelado ese pequeño deseo que aún sobrevivía en su corazón, pudo irse entonces satisfecho, pensó que el cosmos había sido restablecido, que era propicio el invierno.

Aprestándose para recomenzar, purgada la condena regresa el discípulo a casa... ¿Otra vez primavera? ¿Primavera otra vez?

Así parece. La sentencia que ha condenado el deseo se apresta, una vez más, a exhibir su verdad inexorable. Nuevamente Buda otea desde su sitial doméstico.

Ni el maestro ni el discípulo sabían, porque no podían saber, que la sentencia no era verdadera. Pensó en consecuencia el discípulo (Kim Ki Duk mismo actúa este personaje) que era propicio: ¡Otra vez primavera!

Pero así como Teseo ignoraba que del otro lado del laberinto que ceñía al Toro de Minos acechaba el otro laberinto, el del tiempo, del que no se sale con Ariadna alguna, del mismo modo el discípulo devenido maestro por obra y gracia de aquella sentencia infalible, ignoraba que una noche, una velada mujer mostraría la banalidad de dicha sentencia. Así fue, y el discípulo tuvo oportunidad de convertirse en maestro, pero esta vez no por obra de sentencia alguna, porque ninguna sentencia convierte en maestro a nadie, sino por un niño confiado su maestría por una mujer velada.

La fatalidad, la noche, la prisa por no ser descubierta, y tal vez el hielo que ya comenzaba a fundirse hicieron el resto. Muere aquella mujer cuyo rostro sólo el novel maestro pudo ver, y que solamente vio después de muerta. Pudo ser quizá aquella por quien cometió homicidio años antes; pudo ser el hijo de aquella mujer quien se le confiase como discípulo. No es decisivo determinarlo. Sí lo es que devino entonces, y sólo entonces, maestro.

Des-velando una imagen femenina que permanecía encerrada en la casa que había sido su casa infantil y que ahora habitaba como maestro, comienza su esforzado y penitencial calvario. La piedra amarrada a su cintura durante el ascenso sirve, al llegar a la cima, como sitial para la imagen que decide entronizar allí. Desde allí mismo el maestro divisa, muy disminuída por la perspectiva, su casa, y en ella Buda.

La muerte anunciada por su maestro, la muerte que la sentencia admonitoria descontaba, ya no vale. “Siempre, en tu corazón, te acompañará la piedra si es que has consentido a la muerte consintiendo a tu deseo” El maestro anciano ignoraba, al igual que Teseo, que nuestro laberinto es el tiempo. Ignoraban, igual que ignoró su discípulo, que las sentencias mienten porque son

sentencias. Porque para haberse convertido en sentencias han debido imaginar que existen un laberinto y una Ariadna, y para ello ignorar que no los hay.

Tal vez sea preciso advertirlo, tal vez imaginar que el amor y el deseo no son lo mismo y que solamente el amor salva, y que el amor salvífico evade el tiempo. Tal vez sea preferible, como el viejo maestro, llegar a la muerte pensando que hemos consumado la vida. Sin embargo —aunque no menos tal vez— lo que nos conviene advertir es que el amor y el deseo no se excluyen, que no habitan en laberintos diversos. Que el amor, al igual que el deseo, requiere el tiempo, respira la finitud, porque sólo así aprende y se convierte en maestro.

El viejo maestro, a pesar de conocer muy bien la sentencia, nunca imaginó que también se refería a su propio saber. Deseando por naturaleza saber, creyó que la sentencia estaba absuelta de tiempo, creyó que la poseía, que poseía el saber. Omitió pensar que no es desear lo peligroso sino desear poseer cuando ya se han confundido deseo y posesión. Poseer es lo peligroso que conduce a la muerte, porque nos conduce a pensar que hemos consumado la vida y que solamente cabe esperar ‘...otra vez primavera’. Esa sí es la muerte, y no aquella inherente al laberinto donde estamos, sino esta que nos arrogamos poseer, esta que pensamos merecer por haber consumado la vida.

El amor, según parece, al igual que el deseo, no rehuye el laberinto del tiempo. Evadirlo de él es causar nuestra propia muerte y vanagloriarnos de haber consumado la vida.

Amar duele. Duele siempre, mientras ansiamos poseer y cuando preferimos dejar ir. No es el dolor lo más difícil, sino percatarnos de que no es nuestro el saber, sino de una más elevada instancia. Nos queda el dulce sabor de saber, sí, que no somos ajenos a ese saber, idéntico al amor, y que ni el saber ni el amor rehuyen el tiempo.